

Cuentos & Cuentistas

El niño que leía a H.G. Wells

Cuando tenía más o menos diez años, un niño al que llamaremos Equis para no confundirlo con otros, sufría porque debía acompañar a sus padres casi todos los domingos a almorzar a la casa de campo de un tal Sr. Igriega. Viajaban en tren, lo único que confortaba al niño. Su padre era gran amigo de ese caballero, aunque a su madre no le agradaba demasiado. “Masón y ateo”, rezongaba. Pero se entendía bien con la Sra. Igriega, tan convencional y cristiana como ella. El pobre Equis se aburría en esas veladas domingueras, no había otros niños y las parejas no hacían el menor esfuerzo por incorporarlo a sus conversaciones, tan profundamente insulsas, casi siempre sobre política, fútbol o moda.

Hasta que a la tercera ocasión, el Sr. Igriega se apiadó. “¿Sabes leer?” le preguntó de manera algo ofensiva. “Aprendí a los cuatro años, señor” respondió Equis, arrancando una carcajada al irónico Sr. Igriega. “Ven a mi estudio” le dijo, arrastrándolo a un estrecho cubículo ubicado en un altillo, al que se accedía por una escalera de caracol. Desde allí se veía la estación ferroviaria por la que habían llegado. En el horizonte se extendían labrantíos agrícolas, pastaban unas vacas que parecían pintadas de puro inmóviles y retozaban caballos sudorosos. “¿Te gusta la historia, me imagino?” le preguntó el dueño de casa, a lo cual el niño se vio obligado a responder que sí. “Pues te recomiendo este libro”, y le pasó un volumen titulado *Breve historia del mundo*. Luego se alejó para seguir en su charla con el padre del niño.

Equis empezó a leer. El libraco le pareció ingenioso a ratos, pero se refería a demasiadas cosas que no entendía. Leyó el nombre del autor: H.G. Wells. Lo dejó a un lado. Buscó en la estantería el lugar de donde el Sr. Igriega lo había sacado. Vio otros tomos del tal Wells, casi todos de historia o de guerra, excepto un volumen azul que rezaba: *Novelas*. Al niño le gustaba la ficción, de modo que apartó el libro. Conocía y apreciaba a Julio Verne, a Salgari, a Stevenson, a Karl May... Pero no sabía de Wells. Lo abrió y empezó a leer una historia que le interesó desde el título: *La máquina del tiempo*. Se sumergió en tan extraña aventura, y de tan intensa manera, que su padre debió zamarrearlo para que se percatara que era hora de partir. Estaba oscuro, se le había

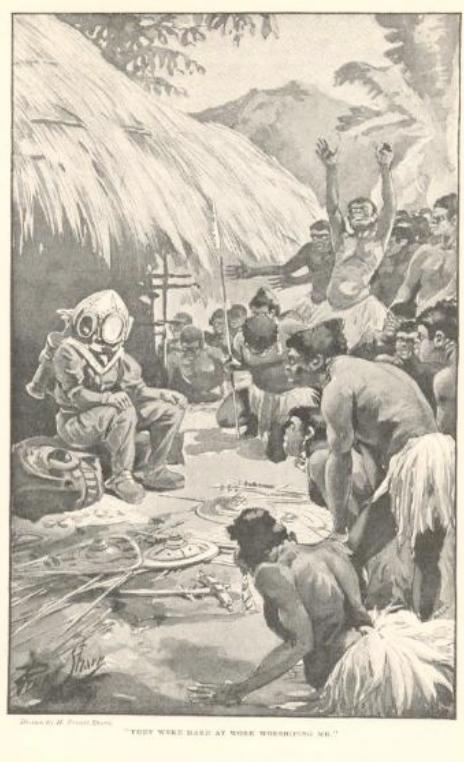
acalambrado una pierna y su cabeza bullía de imágenes insólitas. Como nunca le había ocurrido antes, había pasado cerca de tres horas fuera del tiempo y el espacio.

Los siguientes domingos, que ahora esperaba con ansiedad, los pasó también en el altillo, leyendo con fruición a Wells: *La guerra de los mundos*, *Los primeros hombres en la luna* y *El hombre invisible*. Esta última novela nunca la pudo terminar porque el niño enfermó gravemente y debió ser internado en un hospital. Hasta ahí llegó un día de visita el Sr. Igriega. Le traía de regalo un libro pequeñito con cubierta de cuero rojo, que se titulaba: *Doce historias y un sueño*. El autor: H.G. Wells. La felicidad de Equis fue total, no lo podía creer. Le costó esperar que el Sr. Igriega se fuera de una vez para disfrutar de su tesoro.

El libro traía cuentos cortos. Se largó a leerlos. No le importaron la cefalea, la fiebre, la debilidad o el ambiente del hospital. Empezó por "Filmer", la historia de un pobre iluso que inventó la aeronáutica pero no pudo con sus carencias psicológicas y terminó suicidándose. Siguió con "El bazar mágico", que lo retrotrajo a su infancia y a una experiencia parecida en un circo veraniego, donde una visita al carromato del mago le dejó con dudas insolubles. "El valle de las arañas" lo fascinó. Se durmió soñando con ese cuento que en realidad no acaba; así pudo admirar a la preciosa muchacha mestiza, asustarse con el contraataque de las arañas gigantes, gozar con la venganza de los jinetes traicionados. "La verdad acerca de Pycraft" lo acercó a una de las grandes contrariedades en la vida de los niños y de los gordos: la ley de gravedad. Cuando se sintió flotando en el techo de su cuarto de hospital, comprendió que tenía una fiebre muy alta. Un resto de lucidez le hizo esconder el librito bajo la almohada ante el riesgo de que se lo quitaran.

Le contaron luego que había pasado cuarenta y ocho horas entre la vida y la muerte, pero que Dios no había querido llevárselo todavía. Equis se sentía débil pero no tanto como para olvidarse de Wells. Buscó y allí, en su lugar, lo aguardaba el librito rojo. Sonrió para sí mismo. Sus padres creyeron que para ellos. "¿Dios? Dios es Jimmy Goggles, el buzo", murmuró el niño. Sus padres partieron, los ojos llenos de lágrimas. "Pobrecito, está trastornado". Una vez a solas, retomó su lectura. Leyó un cuento sobre un hada y otro sobre un fantasma, y algo entendió que eran metáforas, el primero

de un inalcanzable amor y el otro de un fracaso irremediable. La paradoja sobre la muerte del hombre que vio al fantasma le provocó pesadillas metafísicas.



Tras dos semanas hospitalizado, Equis había empezado a leer por tercera vez “Un sueño de Armageddon” en su librito de cuentos, cuando una nueva sorpresa le llegó una mañana con el desayuno. En una ocasión la enfermera Zeta, que se encargaba de su alimentación, lo había sorprendido leyendo y preguntado de qué trataba su libro. El educado niño le respondió que eran unos cuentos de Wells. Pues esa mañana ella le dijo: “Te tengo una sorpresa. Pero no le cuentes a nadie. Mira bajo la servilleta”. Allí relucía un libro azul, nuevecito, su título era *El país de los ciegos y otros cuentos*, por H.G. Wells. Cuando pudo dejar de contemplarlo, la enfermera Zeta había partido y Equis, de pura emoción, se olvidó de su leche para embarcarse en la lectura más aterradora que jamás había experimentado en su vida. El libro contenía otros cuentos tan buenos como el del título, según el niño, pero esa historia de los Andes ecuatorianos superaba todo lo que había leído antes en su corta trayectoria de lector tenaz. Una frase del relato “La puerta en el muro” lo marcaría para siempre: “Estoy hechizado... Un sortilegio funesto se ha apoderado de mí y nubla mi vida, llenándola de deseos que

nunca podrán satisfacerse". Por mucho tiempo se preguntaría qué pasaría con "El huevo de cristal", el misterio no resuelto de ese otro cuento inolvidable.

Desfilaron los años sin que el niño volviera a leer a Wells, hasta que ya adulto, un día en que se comprometió a escribir una columna quincenal sobre cuentistas para una revista con nombre de mujer, se acordó del maestro inglés. Buscó en lo más recóndito de la biblioteca, allí donde duermen los libros de infancia, y rescató sus viejos volúmenes. Los limpió de polvos antiguos e insectos muertos. Y, bueno, pudo revivir los deliciosos terrores que alguna vez le ayudaron a vencer a la enfermedad y engañar a la muerte (momentáneamente, por supuesto). La muerte, como escribe Wells: "ese extraño mundo que es la sombra de nuestro mundo, poblado por las sombras oscuras y silenciosas del inútil deseo y de los hombres perdidos...".

Nota: H.G. Wells (1866-1946) escribió 84 cuentos, al menos éstos son los consignados en la edición inglesa de 1998 de sus cuentos completos. 62 de ellos fueron publicados originalmente en cinco colecciones y el resto en revistas y antologías. Afirmó que la virtud de un buen cuento se podía resumir en dos conceptos: "lyrical brevity and a vivid finish". Muchos aparecen en las mejores selecciones de relatos fantásticos, de horror y de ciencia-ficción. "El caso del difunto Mr. Evelsham" forma parte de la suntuosa Antología de la literatura fantástica de Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares (1940, reedición ampliada 1965). Los cuentos de Wells son admirables, inquietantes y severos, como advirtiéndolo: con el más allá y el futuro no se bromea.

